LOS MITOS DE LA CONQUISTA EN DON JUAN DE CASTELLANOS (1)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

_ v _

Fue condición común de los cronistas de Indias el pagar tributo a la credulidad y aceptar como un hecho la existencia de lo que para nosotros no son sino mitos y leyendas. De ahí lo que pudiéramos llamar la historia de lo maravilloso en la conquista de América.

Hoy no podemos menos de sonreír con la lectura de tales relatos, pero si tenemos en cuenta la mentalidad del conquistador y la impresión que tuvo que producir el paisaje, la fauna y la flora del Nuevo Mundo en los ojos maravillados del español, tenemos que usar de un poco de indulgencia.

Irving A. Leonard en su admirable obra Los libros del Conquistador demuestra la influencia que tuvieron los libros de caballerías en los conquistadores.

La literatura popular, adquiere su mayor desarrollo inmediatamente después del descubrimiento de América. Difundida ampliamente gracias a la invención de la imprenta, llega a ser lectura predilecta aun de los mismos reyes y de los clérigos. Penetra a las clases populares y es solaz y manual para el soldado. El Amadís de Gaula ofrece un amplio panorama de islas exóticas, seres extraños, tesoros ocultos, que sirvió de acicate para lanzar a los conquistadores a fantásticas aventuras en el Nuevo Mundo. En las Sergas de Esplandián se connaturaliza con el mito de las amazonas. "Estaban convencidos de que, al participar en viajes a ultramar, palparían en realidad las maravillas, las riquezas y las aventuras que se contaban en los libros populares, tan seductoramente. Gigantes, sabios, enanos, islas encantadas, amazonas, fuentes de juventud, las Siete Ciudades míticas, El Dorado, seguramente existían en alguna parte de las inmensas y extrañas tierras que la Providencia había deparado al pueblo escogido de Castilla".

Hasta qué punto influyó la literatura caballeresca en los hechos de la conquista, lo reduce Leonard a tres factores básicos: los acontecimientos históricos que ocurrieron en España y en la Europa occidental en la época en que esta literatura alcanzaba popularidad, la invención de la imprenta y la confusa línea divisoria entre la realidad y la ficción.

La unión de Castilla y Aragón, la toma de Granada en 1492, el descubrimiento de Colón y la afiliación de la península al Sacro Imperio Romano, contribuyeron al ascenso de España, como fuerza política. Un mundo nuevo resplandecía de posibilidades para la aventura y lo novelesco. Los viajeros regresaban a España con noticias de islas misteriosas habitadas por amazonas, gigantes y pigmeos y aun con positivas indicaciones de proximidad del paraíso terrenal. No hay sino que mirar esos mapas antiguos con figuras de bestias extrañas y de hombres cuya existencia era presumible. Era la misma geografía fantástica de los libros de caballerías.

La imprenta, con ese milagro de la página que habla, hizo el resto. Ya el libro no fue privilegio exclusivo de clérigos y letrados. Con esa aureola de autoridad y de misterio que tiene la letra de molde sobre la fantasía popular, el desocupado lector podía entregarse devotamente a dejar correr la imaginación. "Predispuestos por la aceptación de los milagros de su fe religiosa, por la poesía y el mito de la Edad Media y por las crónicas de las fabulosas hazañas de sus ancestros en sus luchas contra los invasores sarracenos, los españoles absorbieron las exuberantes creaciones de los escritores con una credulidad y una convicción tan espontáneas que parecen imposibles a una mentalidad moderna".

Aceptaron a la letra los relatos caballerescos en que se mezclaba la verdad con la fábula, de ahí la borrosa distinción que el lector ordinario hacía entre la realidad y la ficción. Cómo no iba a convertirse en emperador de un inmenso imperio, como Esplandián y otros héroes fabulosos, o al menos en gobernador de una ínsula como Sancho Panza?

Castellanos, como todos los hombres letrados de su tiempo, conocía la literatura caballeresca tan popular aun en personas de menos letras. Sería interesante recoger todas las alusiones y reminiscencias de lecturas de ficción. Veamos unas muestras. Para el Beneficiado las hazañas de los conquistadores sobrepujan la fábula de los soldados de Carlomagno:

Había pues en estos dos lugares,
Al tiempo destas vueltas y marañas,
Varones pocos pero singulares,
Que hicieron proezas y hazañas,
Mayores que los fuertes doce pares. (I, 247).

Quesada, al ver esfumarse los tesoros de Sacresaxigua, piensa en los encantamentos tan comunes en los libros de caballerías:

Dí, perro fementido,
inicuo, falso, malo, fraudulento:
¿do pusieron el oro que han traído?
¿O quién lo traspasó deste aposento?
Que yo lo vi, si no estaba dormido,
¿O fue humo de algún encantamento?
Y pues que no parece, bien se entiende
que en mostrallo y quitallo fuiste duende. (IV, 270) V. II, 415.

Por otra parte no debemos olvidar que las cosas reales que veían, por sí solas eran suficientes para dar crédito a otras más maravillosas. La realidad sobrepasaba a la fantasía, y por lejos que lleagra la imaginación, la verdad que ofrecía al hombre el Nuevo Mundo no le iba en zaga. De tal suerte que cuando oían relatos fabulosos de boca de los indios, los guardaban en la memoria para darles luego cabida en sus crónicas e historias.

En Castellanos no podían faltar tales fantasías. Y si es cierto que dio lugar en sus *Elegías* a algunos de esos mitos, algunas veces los cuenta sin emitir juicio sobre su realidad, otras los pone en tela de juicio, cuando no los rechaza de plano,

Pues no se ponen en aquestos cuentos, Fábulas ni ficciones ni comentos. (I, 247).

I - GIGANTES Y PIGMEOS

La creencia en la existencia de gigantes es tan antigua como la humanidad. Consignada en los libros del Antiguo Testamento, formó parte de la teogonía de Hesíodo y se abrió paso en los relatos de la Edad Media. Encontramos gigantes en los libros de caballería; mapas y relaciones de viajes consignan su existencia y llega con vitalidad suficiente a los tiempos del descubrimiento de América, para esperar que las nuevas tierras estén habitadas por seres extraños de grande estatura.

En la Carta de Colón a los Reyes Católicos (15 de febrero—14 de marzo de 1493) dice el almirante: "En estas tierras fasta aquí no he hallado hombres monstruosos como muchos pensaban [...]" (1).

Sin embargo, figura la isla de los gigantes en los mapas de Cantino (1502), Juan de la Cosa (1500) y en el globo terrestre del siglo XVI que se conserva en Francfort sur le Main.

A Vespucio le debemos el primer relato escrito sobre la existencia de los gigantes. En la segunda navegación habla de la isla de los gigantes, que parece ser Curazao: "caminando por la playa advertimos ciertas huellas de pies grandísimos, por las cuales conjeturamos que si los demás miembros correspondían a los pies, debían de ser muy grandes los habitantes. Yendo así por la playa, encontramos un camino que guiaba tierra adentro, y por él determinamos nueve de nosotros penertar en lo interior de la isla, pareciéndonos que ni sería muy espaciosa ni muy poblada. Habiendo caminado la senda adelante cerca de una legua, descubrimos en una hondonada cinco casas que parecían habitadas, y entrando en ellas hallamos cinco mujeres, dos viejas y tres jóvenes, todas las cuales eran de tanta estatura que nos causó grande admiración. Inmediatamente que nos vieron, se asombraron de tal modo, que ni ánimo tuvieron para escaparse; pero de allí a poco las viejas comenzaron a hablar con nosotros en su lengua cariñosamente, y recogiéndose todas en una casa sola, nos ofrecieron muchos de sus comestibles. Todas ellas eran de estatura mayor que la de un hombre muy alto, y tan grandes como Francisco de Albicio; pero de mejores proporciones que nosotros. En vista de lo cual acordamos

todos apoderarnos por fuerza de aquellas jóvenes y traerlas a Castilla como cosa admirable. Mas estando tratando de ello, he aquí que comienzan a entrar en la casa como unos 36 hombres, más altos que aquellas mujeres, y tan gallardos y apuestos, que daba gusto verlos. ... A esta isla, por la gran talla de sus habitadores, la llamamos de los Gigantes; y continuando nuestra navegación a corta distancia de la tierra, tuvimos que pelear con ellos muchas veces, porque no consentían que tomásemos cosa alguna de su país". (2).

No es de extrañar que después de Vespucio, Pedro Mártir de Anglería diera cabida en sus Décadas a tal leyenda. Con la circunstancia de que el humanista italiano trae la fórmula para hacer gigantes. Cuando trata de las Yucayas y sus habitantes, dice que "tienen un rey de talla gigantesca, que se llama Datha, y cuentan que no es mucho menor que él su mujer, la reina... preguntándole al licenciado Ayllón, arriba mencionado, varón grave y de autoridad, por qué solo el rey y sola su mujer alcanzan aquella alta estatura, y no ninguno del pueblo, por lo que oyó a los que fueron sus compañeros en el gasto de las naves, y a Francisco, su criado, por relación de sus vecinos, dicen que no es la naturaleza ni el nacimiento quien les ha dado semejante don de aventajar a los demás en esa prerrogativa, sino por arte violenta, del siguiente modo. Mientras los niños están en la cuna y al pecho de las nodrizas, llaman a los maestros de ese arte, los cuales, por espacio de algunos días, untan los miembros del niño con medicamentos de ciertas hierbas que ablandan los huesos tiernos; luego estiran una y otra vez los huesecitos, que han tomado la blandura de cera templada, tanto que lo dejan al infeliz casi exánime; después alimentan a la nodriza con ciertas comidas que tienen mucho alimento. Finalmente, la nodriza, cubriéndole con mantas calientes, le da el pecho y lo regala con la leche formada de comidas sustanciosas. Dejando pasar algunos días, vuelven al triste ministerio de dar tormento a los huesos". Esta la opinión de Ayllón; en cambio el deán de la Concepción le da otra explicación: "dice que no se hace torturando los huesos, sino comiendo cierto embutido de muchísima sustancia, que se saca majando varias hierbas a propósito, en particular cuando comienzan a crecer (los que lo comen), en el cual tiempo, la naturaleza propende al crecimiento y las comidas se convierten en carne y huesos" (3).

Pigafetta en su Viaje alrededor del mundo describe el encuentro de un gigante en las islas del mar del Sur: "Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza... Este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor dicho, su manto, estaba hecho de pieles, muy bien cosidas, de un animal que abunda en este país, como veremos a continuación". Seis días después encontraron otro gigante y aun llegaron astutamente a capturar dos de los más jóvenes. Recuerda el viajero algunas de las medicinas que usaban, sus costumbres y religión que profesaban (4).

El relato fabuloso llegó al mismo Consejo de Indias y perduró largo tiempo en América. Se encontraban gigantes desde el golfo de México hasta la Patagonia.

El origen de tal creencia hay que buscarlo en los relatos de la Edad Media y en las tradiciones de remotas invasiones oceánicas, conservadas por los indios.

El descubrimiento de huesos de gran tamaño pertenecientes a animales prehistóricos que confundían con huesos humanos, hizo el resto. El padre Acosta habla de g'gantes en el Perú y México. De estos últimos dice: "Nadie se maraville, ni tenga por fábula lo de estos gigantes, porque hoy día se hallan huesos de hombres de increíble grandeza. Estando yo en México año de ochenta y seis, toparon un gigante de éstos enterrado en una heredad nuestra que llamamos Jesús del Monte, y nos trajeron a mostrar una muela, que, sin encarecimiento, sería bien tan grande como un puño de un hombre, y a esta proporción lo demás, lo cual yo vi, y me maravillé de su deforme grandeza" (5).

Al lado de los gigantes, existían los pigmeos. Pigafetta en el relato de su viaje de regreso a España desde las islas Malucco, Libro IV, trae el relato de un piloto moluqués, según el cual en la isla Arucheto, sus "habitantes, hombres y mujeres, no tienen más de un codo de alto, y con orejas más largas que todo el cuerpo, de tal manera que cuando se acuestan una les sirve de colchón y la otra de manta; van desnudos y rapados; su voz es áspera, y corren ágilmente; habitan en subterráneos y se alimentan de pescado y de una clase de fruto blanco y redondo como los confites, que encuentran entre la corteza y la madera de cierto árbol, al que llaman ambulón" (6).

El padre Cristóbal de Acuña los situaba en lo profundo del Amazonas: "dicen que cercanos a su habitación, a la banda del Sur en Tierra Firme, viven entre otras, dos naciones, la una de enanos, tan chicos como criaturas muy tiernas, que se llaman Guaycazir..." (7).

Federmán los encontró cerca de Barquisimeto: "Y aunque este cacique o señor no era de pequeña estatura como los enanos que, como se dirá después, encontramos, trajo algunos de estos consigo, de los cuales había algunos que tenían cinco o seis palmos, a lo más de estatura... Los indios eran todos de pequeña estatura... los más altos eran de cinco palmos y algunos de cuatro, pero bien proporcionados de cuerpo con relación a su altura. No pudimos servirnos de esta gente debido a su pequeña talla, aunque los hubiéramos necesitado urgentemente, pues comenzaban a faltarnos cargadores para llevar los equipajes de los cristianos, porque los indios que yo había traído de Coro habían huído casi todos y vuelto a sus casas" (8).

La leyenda se abre paso y llega al Nuevo Reino. Castellanos la consigna en sus *Elegías* cuando habla de las guerras de Benalcázar en el reino de Quito. Por el año de 70 salió del Cuzco Juan Alvarez Maldonado,

Y en la entrada donde se presenta, No mucho de los Andes apartado, De los pigmeos que la fama siembra Captivaron un macho y una hembra (9). Y por ser más veloz en la huída Quel marido la mínima zagala, Alcanzóla de lejos impelida De salitrosos fuegos una bala: La miserable dio mortal caída, Sin ella merecer obra tan mala, Viendo quien la hirió de sí cercano Tapábase la vista con la mano.

Con voz en sumo grado delicada, Según persona de razón se queja; Pero de tal manera pronunciada Que cosa que perciba no le deja: En su tamaño bien proporcionada, Y al rostro suyo perfección aneja, Tal, que no le faltaba hermosura, Y un codo poco más el estatura.

El compañero que quedó captivo
Entre las castellanas compañías,
Al Cuzco lo mandaron llevar vivo,
Y allá murió dentro de quince días,
Callado, congojoso, pensativo,
Aunque lo regalaron por mil vías:
Así llaman a estos sachalunas (10)
Y no pudieron ver otras algunas. (III, 342, s.).

Poco después encontraron los gigantes:

Salvaje más crecido que gigante, Y cuyas proporciones y estatura Eran según las pintan en Atlante, De hombre natural la compustura, En el hocico solo discrepante, Algo largo y horrenda dentadura, El vello cuasi pardo, corto, claro, Digo no ser espeso, sino raro.

De ñudoso bastón la mano llena,
El cual sobrepujaba su grandeza,
Pues era como la mayor entena
Y del cuerpo de un hombre la groseza;
Y aqueste meneaba tan sin pena
Como caña de mucha lijereza:
Hermafrodito, porque los dos sexos
Le vieron no mirándolo de lexos. (III, 344).

El mito de los gigantes tuvo fortuna y entró a las letras españolas con Vicente Espinel en la Vida de Marcos de Obregón. Se cuenta allí el intento de poblar y fortificar el estrecho de Magallanes. En el Descanso XIX, libro segundo, al llegar a las costas de Brasil, invernaron a la boca

del río Ganero (Río de Janeiro) en donde un mestizo libró combate con un monstruo marino. Más adelante se encuentran en una isla en donde vieron "un ídolo de espantable grandeza y más admirable hechura, y de novedad nunca vista ni imaginada; porque su grandeza era como de una torre de las ordinarias, sustentándose sobre dos pies tan grandes como lo había menester la arquitectura del cuerpo. Tenía un solo brazo que le salía de ambos hombros, y éste tan largo que le pasaba de la rodilla gran trecho; en la mano tenía un sol o rayos dél; la cabeza proporcionada con lo demás, con solo un ojo, de cuyo párpado bajo le salía la nariz con sola una ventana; una oreja sola, y esa en el colodrillo; tenía la boca abierta con dos dientes muy agudos que parecía amenazar con ellos; una barba salida hacia fuera con cerdas muy gruesas; cabello poco y descompuesto". Al acercarse a la barca, le salieron dos altísimos gigantes de la misma hechura que tengo pintado al ídolo, volcaron la barca y comenzaron a bailar y cantar. Los valientes expedicionarios no perdieron el ánimo, vuelan con pólvora el ídolo y se hacen dueños de la situación en poco tiempo. hasta que ven llegar contra ellos toda la isla llena de gigantes y sobrevienen entonces las descomunales batallas y las ingeniosas tretas con que se defienden.

Los gigantes son algo así como la piedra de toque del caballero andante. Dígalo Don Quijote que espera en su primera salida encontrarse por ahí con algún gigante, "como de ordinario les acontece a los caballeros andantes", y su primera y descomunal pelea la libra contra los molinos de viento que él toma por gigantes no obstante la advertencia de Sancho. Pero es que la conquista de América fue una aventura tanto o más descomunal que la de la caballería andante.

II - LA FUENTE DE LA JUVENTUD

Ni el oro de las minas, ni el poder de mando ejercen en el hombre un atractivo igual al de conservar la juventud. De ahí que desde los más remotos tiempos el hombre haya buscado con afán darle verdor al cuerpo caduco y marchito. Los romances y leyendas inspiraron a Goethe su Fausto. Todos queremos escapar a lo temporal. ¿Qué de raro entonces que la mitología nos hable del néctar que hace inmortales a los dioses? Medea no rejuveneció acaso a Esón su suegro, jefe de los argonautas?

En la Edad Media se buscaba la piedra filosofal y el elíxir de la juventud. Aquel extraño viajero Juan de Mandeville, entre tantas fábulas y errores cuenta la existencia de una fuente maravillosa de agua dulce y olorosa que cambia con las horas del día. "El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, sana de sus enfermedades, ya no se enferma y es siempre joven". Confiesa que él la bebió "y desde que bebí me siento bien". Es la Fuente de la Juventud.

La fábula tuvo fortuna y pasó a América con los conquistadores. Encontró en las tradiciones indígenas fuerte asidero y revistió diversas formas. Unas veces será un árbol de frutos escogidos, el árbol de la vida; otras veces será una fuente de aguas prodigiosas que tienen la virtud de devolver la juventud.

El Padre Gilij en su Saggio di Storia Americana (III, p. 19 s.), recoge una tradición del Orinoco, según la cual después del diluvio universal, solo se salvaron un hombre y una mujer que se refugiaron en el monte Tamanacá. ¿Cómo se propagó el género humano de nuevo? "Afligidos ambos por la pérdida de sus parientes, y vagando preocupados por el monte, se les dijo que lanzaran a la espalda los huesos del fruto de la palma moriche... De los huesos de fruta lanzados por la mujer nacieron mujeres, hombres de los lanzados por el hombre". Y comenta el autor: "He aquí entre las selvas del Orinoco a un fabulista a la griega, que parecía que hubiera leído a Ovidio". En aquellas regiones los indios veneraban la palma moriche, como al "árbol de la vida".

De las virtudes curativas de ciertos árboles se ocupan a espacio los cronistas. Se les atribuían virtudes maravillosas para curar las más diferentes enfermedades o para prolongar la vida. En la Nueva España era muy apreciado el "árbol de la inmortalidad".

Numerosos ríos tenían la virtud de devolver la lozanía de los verdes años. Aquí también el infatigable Pedro Mártir de Anglería recoge en sus Décadas aquellas consejas estupendas. "Entre ellas, a la distancia de trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en lo interior, que se llama Boyuca, alias Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma o con ligereza: tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la Corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo, lo tienen por verdad.

"Pero si Vuestra Santidad me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder a la naturaleza madre de las cosas, y entiendo que Dios se ha reservado esta prerrogativa cual no menos peculiar que el escudriñar los corazones de los hombres o sacar las cosas de la nada, como no vayamos a creer en la fábula de Medea acerca del rejuvenecimiento de Esón o la de la Sibila de Eritrea, convertida en hojas" (11).

Antonio de León Pinelo en su curioso libro El Paraíso en el Nuevo Mundo dedica un capítulo especial a las fuentes y ríos peregrinos de las Indias. Trae a cuento las palabras de Pedro Mártir de Anglería y agrega: "con duda hacen mención de ella el Padre Juan Eusebio; Antonio Galván afirma que Juan Ponce de León el año de 1512, salió a buscarla, en que gastó seis meses. Y este fue el Río Jordán que investigó Juan Ponce en la Florida, como queda tocado". Copia las palabras ya citadas en que el cronista da su opinión sobre la peregrina fuente y añade Pinelo: "Aunque después hallo que gasta todo un capítulo en probar la posibilidad de esta fuente. Lo que podemos asegurar que si se hallara con este efecto, y le tuviera su agua, que fuera la más estimada droga que se trujera a Europa" (12).

En efecto, habla después de Andrés Barbudo, hijo de un hombre viejo que se había rejuvenecido en la fuente de la juventud y concluye: "Así, pues, yo no me maravillaría de que las aguas de la tan asenderada fuente tuvieran alguna virtud aérea y acuosa, desconocida para nosotros, de templar el entristecimiento aquel restaurando las fuerzas" (13).

Un buen día Ponce de León oyó hablar de una isla llamada Binimi. Por ella corre una fuente de agua maravillosa: quien se baña en su linfa, recobra al instante las galas primaverales de la juventud. Y corrió a buscarla. Ayudado por el tesorero del rey, armó tres bergantines y el 3 de marzo de 1512 partió de la rada de San Germán con rumbo al norte. Iba en pos de una quimera.

Así lo cuenta Castellanos:

Entre los más antiguos desta gente Había muchos indios que decían De la Bimini, isla prepotente, Donde varias naciones acudían, Por las virtudes grandes de su fuente, Do viejos en mancebos se volvían, Y donde las mujeres más ancianas Deshacían las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces, Lavando las cansadas proporciones, Perdían fealdades de vejeces, Sanaban las enfermas complexiones; Los rostros adobaban y las teces, Puesto que no mudaban las faiciones; Y por no desear de ser doncellas Del agua lo salían todas ellas.

Decían admirables influencias
De sus floridos campos y florestas;
No se vían aun las apariencias
De las cosas que suelen ser molestas,
Ni sabían que son litispendencias,
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:
Al fin nos lo pintaban de manera
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,
Según la vanidad de nuestros días,
¡Qué de viejas vinieran arrastrando
Por cobrar sus antiguas gallardías,
Si fuera cierta como voy contando
La fama de tan grandes niñerías!
¡Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¡Qué de haciendas, joyas y preseas Por remozar vendieran los varones! ¡Qué grita de hermosas y de feas Anduvieran aquestas estaciones! ¡Cuán diferentes trajes y libreas Vinieran a ganar estos perdones! Cierto no se tomara pena tanta Por ir a visitar la tierra santa. La fama pues del agua se vertía

Per los destos cabildos y concejos,

Y con imaginar que ya se vía

En mozos se tornaron muchos viejos:

Prosiguiendo tan loca fantasía

Sin querer ser capaces de consejos;

Y ansí tomaron muchos el camino

De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,
No sin fortunosísimos rigores,
Bien lejos de la fuente referida
Y de sus prosperados moradores;
Mas descubrió la punta que Florida
Llamó, porque la vio pascua de flores;
Volvióse hecho tal descubrimiento,
Y pidiólo por adelantamiento. (I, 293 s.) (14).

No hay para qué llamar la atención del lector sobre la gracia con que el cronista se refiere a la fuente de la juventud, desatinado desatino.

Un erudito escritor francés, Miodrag Ibrovac, escribió un libro sobre las fuentes de los Trofeos de Heredia. (José Maria de Heredia. Les sources des Trophées. París, 1922). Al referirse a Jouvence, cita el autor el epitafio latino que leyó Castellanos en la tumba de Ponce de León. Con respecto a Los conquistadores del oro, señala a Prescott como fuente, pero vuelve a citar a Castellanos y agrega: "Según lo que nuestra incompetencia ha podido descubrir, una de las principales fuentes ha sido las Elegías de varones ilustres de Indias, donde el poeta Juan de Castellanos discurre ampliamente sobre grandes hechos de todos los conquistadores".

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) La Carta de Colón [...]. Transcripción y notas de Carlos Sanz. Madrid, 1961.
- (2) Cartas de Vespucio. Edición facsimilar. Bogotá, Biblioteca Nacional de Colombia, 1942.
- (3) Década VII, Lib. II, Cap. II; Lib. III, Cap. II.
- (4) Primer viaje en torno del globo. Madrid, Espasa Calpe, 1941. Págs. 55-63.
- (5) Op. Cit. Libro VIII. Cap. III.
- (6) Op. Cit. Pág. 185.
- (7) Nuevo descubrimiento del Gran Río de las Amazonas. Número LXX.
- (8) Historia Indiana, traducción de Juan Friede, Madrid, Talleres ARO, 1958, Págs. 45 y 51.
- (9) "No hubo tal cosa, que yo estaba allí, y Juan Alvarez Maldonado en Lima". (Nota de mano de Pablo Sarmiento).
- (10) "Sachalunas son hombres salvajes, y son grandes y vellosos". (Nota de Pablo Sarmiento, quien enmienda Sachalunas por Sacharunas).
- (11) Década II, Lib. X, Cap. II.
- (12) Libro IV, Cap. XII.
- (13) Década VII, Lib. VII, Cap. II.
- (14) Cfr. Fernández de Oviedo, Historia General y Natural de las Indias. I Parte. Libro XVI, Cap. XI.